



LA ESPIGA

UNOS POR OTROS
Y DIOS POR TODOS

HOJA AGRICOLA DE LA FEDERACION CATOLICO-
AGRARIA SALMANTINA
(Incorporada a la Delegación Nacional de Sindicatos)

Direc. y Red. PRIOR, 10
Apart. n.º 45. Teléfonos
1126-2022-1814-1972

EL «DIA DEL PAPA»

"A tal Señor, tal honor". A este acontecimiento otorgamos lugar preferente en nuestras páginas. Nuestra adhesión incondicional, ferviente, al Vicario de Cristo en la tierra, estampóse hace ya una semana en este mismo lugar; hoy, transcurrido el tiempo, pasado el día solemne, queremos también que en este lugar destacable se anote la prestancia del suceso y quede para la posteridad la consignación de una solemnidad, muy pocas veces registrada en nuestra provincia.

La Voz del Prelado inició la conmemoración, Navarra entera lo escuchó a través de las ondas de "Radio Requeté". La función del Teatro Gayarre, adecuada y festiva. El día 19, festividad de San Jo-

sé, la Misa de Comunión, en la Catedral, rebosante de fieles, cuajada de luces, brillante como nunca en la amplitud señera de su transformación. La recepción protocolaria, señera en el Palacio de la excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, donde los atendidos resplandecientes, los vestidos de etiqueta, las condecoraciones y uniformes destacaban en un marco de esplendor y magnificencia.

Navarra entera participó en esta fiesta, evocadora e influyente. Los altos y los bajos; los ricos y los pobres; los industriales y los menestrales, desfilaron ante el Prelado de la Diócesis, nuestro amadísimo Sr. Obispo, para formular su reverencia de ritual y sentirse con el Papa. Navarra entera vibró

con la Iglesia y con su Vicario, en un día de tan gratos recuerdos.

¡Qué sugerencias y reflexiones nos trae a la pluma el acontecimiento, que no reseñamos, sino que brevemente glosamos! Un periódico navarro ha dicho a raíz de la fiesta del Papa: "¡Vaticanistas: y a mucha honra!" Navarra y Pamplona lanzó esta profesión de fe, de unidad, de concordia y de caridad.

Nosotros, llenos de alborozo por la solemne conmemoración, exclamamos: ¡Vaticanistas y a mucha honra!, y al estampar esta profesión de fe, reiteremos nuestra adhesión, inquebrantable, incondicional, al Vicario de Cristo, Su Santidad Pío XII, felizmente reinante.

(De "La Acción Social Navarra".)

- Temas Agrícolas - MOVIMIENTO COOPERATIVO

Nuestro artículo anterior sobre Cooperación, ha sido leído y comentado, en general, con agrado por nuestros asociados y Cooperativas.

Son muchos los que nos inducen a seguir comentando la actuación de las Cooperativas con cifras, exponente más elocuente que todo cuanto pudiéramos decir con palabras.

Hemos remitido a la Delegación Sindical Provincial los balances de las Cooperativas y Caja Central correspondientes al pasado año de 1941, y a pesar de que han faltado balances de

Cooperativas, el global del movimiento de fondos es como sigue:

	PESETAS
Cobrado por todos los conceptos ...	12.222.434,62
Pagos por todos los conceptos	12.187.197,88
Existencias en fin de año	35.236,74

Es, pues, un movimiento cooperativo que persuade.

Más de 12 millones de pesetas han movido en el pasado año poco más de 60 cooperativas con unos 4.000 socios.

Y téngase en cuenta que la cifra es corta si se la compara con la realidad, ya que además

de las Cooperativas que aún no han remitido sus balances —¡cuánto daño hacen!—hay otros muchos que no lo llegan reglamentariamente, pues no consideran como ingresos y pagos lo que cobran y pagan a sus asociados por abonos o por pólizas, lo que resta al volumen general miles de pesetas.

Hemos de hacer la advertencia que las cifras anteriores no se refieren más que al movimiento de fondos, esto es, a lo cobrado y pagado, ya que es de mucho mayor volumen—probablemente lo triplica—el movimiento general, en el que entran préstamos, suministros, abonos, etcétera, es decir, el movimiento cooperativo general.

Pensamos publicar en este

número una leyenda o cuento que el gran semanario católico «Misión» publica en su número último y en el que se refleja con mano maestra la actuación social católico-agraria en el campo español. En el tío «Monsergas» quedan reflejados todos los usureros y acaparadores que había cuando nació nuestra Obra y también—¡ya es hora se les hiciera justicia!—aparece la abnegación callada y desinteresada de los Consiliarios que al buscar beneficios materiales para sus feligreses, encuentran ovejas descarriadas que llevan al redil nuevamente.

Tal es nuestro activo, conforme con nuestro lema: «¡Unos por otros y Dios por todos!»

VINAS

Ya tenemos en Almacén existencias de azufre sublimado Flor y del Anticriptogámico «Otero», que sulfata y azufra a la vez y de cierta cantidad de fuelles para el uso de este último.

Se han recibido peticiones de ambos productos de varias Cooperativas vitivinícolas y les serviremos con el camión sus pedidos en lo que resta de mes.

Socios y Cooperativas pueden hacernos sus pedidos, que serviremos por orden de encargos.

En cuanto al Sulfato de Cobre la Obra Sindical de Cooperación nos tiene prometido el envío de un tonelaje y admitimos pedidos para servirlo tan pronto esté en nuestro poder.

También nos pide la Obra Sindical de Cooperación relación de la cantidad de hectáreas dedicadas a la vid y número de cepas cultivadas en la misma. Para ello, las Cooperativas que tengan vid, sus asociados deberán hacer una relación nominal con estos datos, la que, firmada por el secretario, con el visto bueno del presidente y sello, nos enviarán a la mayor brevedad.

SEMILLAS

Se nos terminaron las existencias de la semilla de alfalfa, aunque hacemos gestiones para conseguir más.

Nos queda alguna semilla de remolacha.

Maíz para siembra trajimos un camión de Valladolid y todo él ha sido colocado. Nos promete la Confederación Hidrográ-

fica del Duero facilitarnos más cantidad, y admitimos pedidos de nuestros asociados, que deberán hacer seguir por mediación de sus Cooperativas.

Los socios individuales nos harán sus pedidos por escrito.

BONIFICACION DE TRIGOS

Como hizo publicar el Servicio Nacional del Trigo en la Prensa local, se advierte a todos aquellos nuestros asociados que solicitaron por nuestra mediación la bonificación de 10 pesetas en q. m. de trigo vendido, que el próximo día 12 termina el plazo para el pago de referida bonificación. Advirtiéndole que todos aquellos que dicho día 12 no se hayan presentado a cobrarlo, no se les hará seguir la solicitud al S. N. del Trigo.

PIENSOS

Viene la primavera y con ella va cesando nuestra preocupación por cubrir las necesidades de nuestros asociados.

Vagones y vagones de lo que nos ha sido factible encontrar, hemos suministrado y el ganado se ha sostenido, cumpliendo nosotros un deber cooperativo.

Aun quedan algunas existencias de harina mezclada y unas pocas bellotas en Salamanca y en Peñaranda.

Gatropa troceada, molida y entera y algo de remolacha.

ABONOS

Se ha recibido en Alba y Salamanca un vagón de ese nuevo abono llamado Turba, que ponemos a disposición de nuestros socios.

Superfosfato 18/20: Potasa y Fertiterra en sus tres números, 1 al 3 para abonado de patatas y siembras tardías.

NECROLOGICAS

Don Angel Tabernero Bautista

Plácidamente, con la resignación cristiana del justo, ha entregado su alma al Creador don Angel Tabernero Bautista, párroco de Macotera desde hace más de veinte años.

Hombre virtuoso, celosísimo párroco de una feligresía cual es la de Macotera, queda dicho que

su larga vida parroquial en tan cristiana villa está llena de recuerdos y sacrificios.

Nuestro Sindicato Agrícola Católico, que el cogiera en mantillas, fundado por Morán en sus años juveniles de Calatrava, fué acrecentado por D. Angel, el cual creó y estabilizó la Caja Rural, que ha movilizadísimo millones de pesetas y suprimió la usura, encauzando el crédito lógico y humano.

¡Cómo no llorarlo cientos y cientos de macoteranos agradecidos! ¡Todo el pueblo, con las autoridades a la cabeza, hemos asistido a su funeral y entierro!, nos decía—con lágrimas en los ojos—un comisionado de nuestra Cooperativa. Y añadía: Nuestra Caja Rural y Cooperativa espera turno para poder celebrar un solemne funeral, además de que la Directiva ha acordado conste en acta su sentimiento profundo y sincero. ¡Qué menos podíamos hacer!

Es verdad; menos sería desagradecimiento, y ese no es nuestro postulado.

LA ESPIGA y la Federación se asocia al duelo del pueblo macoterano, y al dar su pésame más sincero a su hermano don Francisco, ruega a sus lectores pidan a Dios por el eterno descanso de su alma.

A la hora de escribir estas líneas no llega otra triste noticia.

Doña Carolina Mateos, viuda de nuestro inolvidable compañero don Modesto Tabernero, acaba también de entregar su alma a Dios.

A los tres meses de fallecido su esposo, ha ido ella a compartir las delicias celestiales con él, ya que cristianamente pensando como la vida del matrimonio fué honesta y cristiana, el premio es seguro. Dios no desatiende a los suyos.

A sus hijos: R. P. Leovigildo, agustino (ausente), doña Josefa, Fidela y María de las Nieves; hijo político, D. Juan Losada; hermanos políticos: D. José Manuel y D. Amador, y al resto de sus familiares, les testimoniamos nuestro pésame más sincero y rogamos a nuestros lectores una oración por su alma.

¡ENHORABUENA!

En los Juegos Florales recientemente celebrados en la vecina ciudad de Zamora, ha sido premiado con 500 pesetas por su composición poética «Castilla y el Alto de los Leones», nuestro empleado don Jesús Rasueros Hernández, del que ya nuestros lectores conocen algo de su labor práctica.

Con todo cariño le enviamos nuestra enhorabuena, alegrándonos de que uno de «casa» haya obtenido triunfo tan señalado como el obtenido por él en un Certamen al que fueron presentadas más de 250 composiciones y la mayoría de gran mérito e inspiración.

EL TÍO MONSERGAS

(CUENTO)

En el pueblo pequeñín y escondido entre las alamedas de los prados que lo circundan, sólo el tío Emeterio no iba ni a misa ni al rosario, ni a procesiones, ni a otras monsergas, como él, con muchísima frecuencia decía, y que le habían conquistado el apodo, que, en vez de nombre, lo diferenciaban de los demás vecinos.

Su poca constancia en el trabajo y su mucha asiduidad en la brisca le pusieron en trance, cuando tenía treinta años, de emigrar a América, de donde volvió a los otros veinte con algunos ahorros, que invirtió en la compra de pareja de vacas con que labraba las cuatro *corquinas* que había desempeñado y en dar a *reütos* el sobrante, que —unas seis mil pesetas— le hacían figurar como un potentado entre sus convecinos.

Cuando la pequeña campana de la iglesia, en los domingos y días de fiesta, llamaba a los fieles a cumplir el sagrado precepto de oír misa, el tío Emeterio se sentaba en invierno al sol, en verano a la sombra de un negriño, cerca del templo, *pa ver entrar la gente*, y allí esperaba que saliera, fumando cigarros como vigas, que no soltaba de sus labios hasta que la colilla se los calentaba más de lo que fuera regular.

Sólo el tío Tanasio, amigo de la infancia del tío Meterio, cuando en dirección a la ige-

sia pasaba junto a él, le solía preguntar:

—Meterio, ¿no vienes?

—Déjame de *monsergas*, que aquí se está mejor que dentro.

—Allá tu alma y tu palma, pero me paice que algún tizona vas a llevar en el otro mundo.

—Monsergas, Tanasio, monsergas. Tú vete a misa y a tóo lo que te dé la gana, que yo bien a gusto quedo aquí echando humo.

Y de una *chupada* hacía salir más de su boca que la chimenea de una locomotora.

Pero los curas, «que tóo lo quieren», como el tío «Monsergas» sentenciosamente afirmaba, y el del pueblín de nuestro cuento pensaban de modo distinto, y un día el de este último anunció que en breve llegarían a la aldea algunos señores, que les ilustrarían respecto de las normas de vida que debían seguir en adelante, esperando de sus feligreses que acatarían los consejos que les dieran y pondrían en práctica las obras que les recomendasen.

Y, efectivamente, llegaron y les hablaron de la necesidad de asociarse los padres de familia, para lograr la mayor moralidad de todos, procurando extirpar la blasfemia, impedir el lujo, y los descocos de la moda (sobre todo en las hijas, que con la manera de vestir perderían hasta la vergüenza), fomentar la religión, difundir la caridad y, además, que, como labradores, para conseguir la protección del Gobierno y el respeto de todos, debían fundar un Sindicato católico-agrario, que además de afianzar su bienestar, conseguiría un auxilio eficaz y con poco gravamen, especialmente en lo que se refiriera al interés en el préstamo.

Lo oía el tío Emeterio, y retirándose del grupo que tales cosas aplaudía, le dijo al tío Atanasio:

—¿Ves, Tanasio, lo que esos parlan? Pues... tóo *monsergas*. Como tú necesitas cinco duros, no serán ellos los que te los priesten.

—Acaso sí, Meterio.

—Monsergas, monsergas, Tanasio; y si no... ¡al tiempo!

Se equivocó el tío Emeterio, porque a los pocos días se había constituido en el pueblín una

asociación de padres de familia, que afianzó la moralidad de tal manera, que, sobre todo la juventud, y de ésta el *gremio* femenino, era la envidia de los pueblos comarcanos. Pero ello no le preocupó ni poco ni mucho al tío «Monsergas». Lo que le hizo poner en guardia fué el Sindicato, porque el dinero que él había prestado, haciendo un favor, a varios de sus convecinos, se lo devolvieron, diciéndole que no les convenía porque era muy caro.

—¡Desagracios!... ¿Con que caro, eh?... Tanasio, no digas que es caro al quince. Ya veremos a lo que sale el del Sindicato, esa *monserga* que vos tiene embaucas.

El caso fué que al tío «Monsergas» se le mermaron los ingresos de una manera alarmante, y cuando un día fué al cajón donde guardaba sus pesetillas y las encontró improductivas, elló le valió el berrinche más grande de su vida.

—El cura tié la culpa y yo me las entenderé con él—dijo para su capote.

Y sin encomendarse a Dios ni al diablo se dirigió a la casa rectoral, dispuesto a armar el escándalo mayor de que los nacidos tuvieran noticia... Y allá llegó, y entró en el despachito, humilde y limpiísimo del párroco.

—¿Cómo por aquí, tío Emeterio?—le preguntó el Sr. Cura, con toda amabilidad—.

—Velay, don Esteban! A charlar un rato con usted de... lo que usted sabe.

—¿Hombre!, ¿de qué?

—No se haga de nuevas, don Esteban, que la cosa no es broma denguna; de lo del Sindicato, que si a usted le tié cuenta, maldita la gracia que me hace a mí.

—Pues usted dirá.

—De sobra sabe usted, señor Cura, que yo tenía dao algún dinero a *reütos*, y que los que me lo debían me lo han devuelto.

—¿Y es ello algún delito?

—No, señor; pero a mí me han reventao.

—¿Porque le han devuelto lo suyo?...

—No, señor, porque me lo han metío en el cajón y ahora no hay quien lo saque de allí.

—Buen remedio; hay mu-

chos pobres que se lo agradecerán.

—No se burlé usted, don Esteban. Lo que quió decirle, aunque de sobra me entendió, es que yo, sin que el dinero me gane algo no tengo pa vivir.

—¿Y qué quiere usted que haga yo?

—Que no me desnude a mi pa vestir a otros.

—Ojo, tío Emeterio, ojo. Yo no desnudo ni a usted ni a nadie, ni lo pretendo. Yo lo que hago es, única y exclusivamente, cumplir con mi obligación, la que me impone el deber de procurar, en primer término, que reine Cristo en los corazones de todos mis feligreses, y, en segundo lugar, que éstos logren en la vida, de manera cristiana y honrada, la mayor suma deseable de bienestar, con tal de que la avaricia no envenene sus almas. Y usted no puede quejarse. Del mismo modo que cuando usted va a una feria a comprar la vaca o el cerdo que necesita o le conviene elige lo mejor o más barato que encuentra, así los socios del Sindicato buscan el dinero que no tienen y les hace falta, en las condiciones menos onerosas posibles.

¿Que usted no puede dar menos del quince por ciento?... Bien; pero si ellos lo hallan al cinco, ¿por qué se lo han de abonar a usted a más? ¿No le parece, tío Emeterio, que eso no es justo?

El tío Emeterio no sabía qué contestar, ni menos combatir los lógicos razonamientos del párroco. Callado estuvo un buen rato, baja la vista y dándole vueltas al sombrero que tenía en la mano, hasta que, al fin, no pudo contenerse y exclamó:

Tóo eso es verdá, señor Cura, lo confieso. Pero yo, si sigo así, tengo que volver a emigrar pa no morirme de hambre, y sepa usted que ya cumplí los setenta. Y si usted, como dice, tié obligación de mirar por toos los vecinos del pueblo, también la tendrá por mí.

—Es verdad, tío Emeterio, y el mayor favor que le he podido hacer es el de que usted reconozca que no tiene derecho a esclavizar con sus pesetas a los demás. Su poca caridad, mejor dicho, su falta de religión, lo ha llevado a creer que usted no tenía necesidad de nadie, incluso de Dios, de quien hace mucho tiempo que no se acuerda, y a su edad no olvide que es cuando Dios, que siempre hace fal-

ta, es más necesario. Usted ya es viejo; tiene, aunque a usted no se le alcance, lo suficiente para vivir sin sacrificar a su prójimo, y, sin embargo, aún no le parece caro el dinero al quince por ciento, cuando ni el Legislador del cielo, ni por fortuna el de nuestra querida Patria, lo consiente. Piense más en Dios y menos en sus pesetas... y verá que bien le va, tío Emeterio. Recuerde usted a sus padres, sobre todo a su madre, que era muy buena cristiana, y no le pesará.

—Ella me enseñó el catecismo.

—Pues no lo olvide; y ya que usted vive solo, sin familia que le cuide y pueda ser mañana la que disfrute legalmente de su herencia, piense en servir y amar a Dios, y al prójimo como a nosotros mismos, es la mayor felicidad del hombre sobre la tierra, y que el perdón de las injurias y el cristiano y generoso olvido de las mismas, si usted las hubiera recibido alguna vez de sus convecinos, es una de las llaves que abren las puertas del cielo.

Pasaron tres años. El Sindicato continuaba cada vez más floreciente y había proporcionado grandes beneficios a sus socios, que eran todos los vecinos del pueblo..., menos el tío Emeterio; pero aún no había fondos para lograr todas las ventajas que del esfuerzo común se intentaban.

Aquel año la cosecha se presentaba abundantísima, y en la fiesta religiosa que el Sindicato celebró para pedir al cielo que felizmente pudiera recogerse y que terminó con una sesión en que estuvieron todos los socios presentes, se habló de la conveniencia de adquirir maquinaria agrícola (cuya necesidad era de todo el pueblo conocida), ya que los jornales *estaban por las nubes*, aunque ello suponía un desembolso de cerca de 7.000 pesetas, que no había forma de conseguir por estar entonces agotada la capacidad económica del Sindicato.

—No podemos—dijo, al fin con tristeza el señor Cura, Consiliario del Sindicato, dando por terminada la discusión entablada respecto al punto tan importante—. Ya Dios nos inspirará los medios de recoger la abundante cosecha que nos proporciona.

Y, concluída la sesión con las preces acostumbradas, se disponían todos a salir del local, cuando la puerta de éste se abrió y el tío «Monsergas», sombrero en mano, habló desde el umbral:

—¿Se puede?

—Adelante—respondió el señor Cura.

Todos los socios se pusieron, inconscientemente, en dos filas, mirando estupefactos al tío «Monsergas». Y uno de ellos dijo a otro al oído:

¿Qué traerá este mal bicho?

Mientras tanto el tío Emeterio llegó a la plataforma donde estaba la mesa presidencial y mirando al párroco se expresó así:

—Señor Cura: Hace ya tiempo fuí a su casa y hablamos de algo que me interesaba, terminando la conversación con un recuerdo y algunas palabras que usted me dijo, y que ni uno ni otras se me han vuelto a quitar del pensamiento. Por ello, y sabiendo que el Sindicato necesita fondos, vengo hoy aquí a poner a su disposición esas pesetas (y dejó sobre la mesa una mugrienta y abultada cartera). Ni quiero de ellas recibo, ni creo que me hace falta. Si usted las quiere aceptar será pa mi un bien tan grande que con ello me harán el favor mayor. Ahí quedan y usted dirá, señor Cura, qué se ha de hacer con ellas. Y ahora, don Esteban, me voy pa la iglesia, y allí le espero pa confesarme, que buena falta tengo de dar cuenta a Dios de lo que he sío, para que usted, en su nombre, me perdone.

Y dirigiéndose a la puerta, dijo a todos en alta voz, pero con la humildad de un pecador sincera y fervorosamente arrepentido:

—¡Perdonáime tóos el mal que vos hi hecho! Y salió.

En el humilde cementerio del pueblecito aludido hay una lápida que corona una sencilla cruz de hierro.

La lápida tiene esta inscripción: «El Sindicato Católico Agrario a su bienhechor Emeterio X.—D. E. P.»

La Acción Social Católica, logrando la conversación del tío «Monsergas», había producido no solo bienes para la tierra, sino también para el cielo.

Ricardo Ballesteros

(Publicado en «Misión».)